

HISTORIA DE LA KÁBALA (1)

La Kábala, más que un cuerpo de enseñanzas, es una vía de transformación interior. A lo largo de los siglos, su sabiduría ha sido codificada en una serie de textos misteriosos, poéticos y profundamente simbólicos que hoy conocemos como textos cabalísticos. Estas escrituras no sólo transmiten ideas, sino que provocan despertares. Son puertas hacia una comprensión más elevada de la realidad, del alma y del universo.

En una apasionante conversación entre el profesor Mario Sabán y Nacho Newman, se explora el origen, desarrollo y sentido profundo de estos textos. ¿Cuáles son sus raíces? ¿Qué significados se ocultan detrás de sus símbolos? ¿Cómo pueden iluminar nuestra vida contemporánea?

El contexto histórico de los primeros textos cabalísticos

Los textos cabalísticos emergen en un contexto de influencias cruzadas. Como señala Mario Sabán, *“todas las civilizaciones con las que tuvo contacto el pueblo de Israel impregnaron una huella en su pensamiento místico y viceversa”*. Esta afirmación se traduce en una integración progresiva de elementos asirios, babilonios, persas, griegos y romanos.

Desde la astrología hasta el derecho, el judaísmo no vivió en aislamiento. En cambio, supo reinterpretar, absorber y resignificar cada encuentro cultural. Esto convirtió a la Kábala en un sistema dinámico, no dogmático.

La aparición del *Sefer Yetzirá*, por ejemplo, refleja el cruce entre pensamiento bíblico y especulación neoplatónica. La idea de que las letras hebreas y los números contienen los secretos de la creación muestra cómo lo abstracto se convierte en práctica espiritual.

Primeros círculos místicos y escuelas especializadas

Entre el siglo I a.C. y el siglo II d.C., comenzaron a organizarse círculos místicos judíos. Según Sabán, “*estos grupos eran muy especializados: algunos se dedicaban al Maasé Bereshit y otros al Maasé Merkavá*”. Esta división refleja la profundidad de los temas abordados y el celo con que se preservaban. La región del desierto de Judea, donde florecieron comunidades como los esenios, fue terreno fértil para estos estudios. Las cuevas de Qumrán y los rollos del Mar Muerto revelan prácticas místicas y códigos simbólicos que apuntan a una tradición esotérica viva. En esta etapa, estudiar Cábala no era una elección común. Se requería preparación, discreción y un espíritu de búsqueda constante. El acceso estaba restringido a quienes demostraban responsabilidad espiritual.

La figura de Filón de Alejandría y el pensamiento simbólico

Un personaje clave en la articulación del pensamiento cabalístico es Filón de Alejandría. Este filósofo judío del siglo I elaboró una lectura alegórica de la Torá, introduciendo ideas platónicas y estoicas que influirían profundamente en la exégesis mística posterior.

Como afirma Sabán: “*Filón representa el puente entre el judaísmo tradicional y el pensamiento filosófico helénico*”. Gracias a él, conceptos como logos, unidad, y trascendencia ingresan al campo interpretativo hebreo desde una mirada más abstracta y universal. Aunque Filón no fue propiamente un cabalista, su obra sentó las bases para comprender los textos bíblicos como capas de sentido, donde cada palabra encierra dimensiones ocultas.

Canonización y evolución de los textos cabalísticos

Una parte esencial de la historia de los textos cabalísticos es su relación con los procesos de canonización dentro del judaísmo.

Mario Sabán explica que *“hay tres grandes canonizaciones en la tradición judía: el texto bíblico, el Talmud y el Zohar”*.

La primera canonización ocurrió con la fijación del texto bíblico, cerrando con la incorporación del *Cantar de los Cantares* hacia el 515 a.C. La segunda con el cierre del Talmud en Babilonia alrededor del 500 d.C. Y la tercera, más sutil pero no menos trascendente, con la circulación del *Zohar* en la Edad Media.

Cada una de estas etapas añade una nueva capa de profundidad. La Biblia proporciona el relato fundacional. El Talmud estructura la ley y la ética. Y el *Zohar* abre la puerta al universo simbólico y místico.

Como dice Sabán: *“es como si cada 500 o 1000 años se añadiera una lupa sobre el texto, una forma nueva de relectura que profundiza la experiencia espiritual”*.

El Zohar y la Edad Media: nacimiento de una tradición escrita

El *Zohar*, principal obra de la Cábala, emerge en el siglo XIII en la España medieval. Aunque atribuido tradicionalmente a Shimón Bar Yojai, investigaciones modernas indican que fue redactado por Moisés de León, aunque probablemente recogía tradiciones orales más antiguas.

Sabán comenta: *“El Zohar no es una invención aislada, sino la cristalización escrita de un linaje oral que se venía transmitiendo desde siglos atrás”*.

Este texto, escrito en arameo y cargado de imágenes poéticas, interpreta la Torá a través de un prisma místico. Cada versículo es una entrada a múltiples dimensiones del alma y del cosmos. El

Zohar no solo explica, sino que transforma la lectura: obliga a ver más allá de lo literal.

El impacto del *Zohar* fue tal que muchos rabinos ortodoxos, inicialmente escépticos, terminaron aceptando su autoridad espiritual. Hoy, se lo considera uno de los tres pilares de la tradición judía, junto a la Biblia y el Talmud.

El Nombre de Dios y la contracción del Infinito

Uno de los aspectos más profundos en los textos cabalísticos es la interpretación del nombre de Dios. En la Cábala, el Tetragrámaton (Yud-Hei-Vav-Hei) no es sólo un nombre, sino un código sagrado que refleja la autocontracción del Infinito, el Ein Sof.

Mario Sabán lo explica así: *“El Ein Sof se contrae para dar lugar a los mundos. Esa contracción queda grabada en el nombre de Dios”*. Cada letra representa una etapa en el proceso de creación, una transición del absoluto hacia lo manifiesto.

Esta idea se articula con los cuatro universos de la Cábala: Atzilut, Briá, Yetzirá y Asiá, y cada uno está vinculado a una letra del nombre divino. Así, el Nombre de Dios se convierte en un mapa espiritual que guía al alma en su retorno al origen.

El Dios de la Merkabá (carro de fuego) se presenta, según Sabán, como una forma intermedia entre el Ein Sof y la creación concreta. *“No se trata de un Dios antropomórfico literal, sino de una figura simbólica que ayuda a comprender lo incomprensible”*, afirma.

Esta comprensión mística del nombre divino transforma completamente la forma en que se entiende la divinidad: no como un ser con atributos humanos, sino como una fuerza dinámica, creativa e infinita, que se manifiesta de forma velada para no aniquilar la libertad humana.

Conclusión: textos cabalísticos como puentes hacia el alma

Los textos cabalísticos no son simplemente documentos antiguos. Son espejos del alma, herramientas de transformación, mapas de retorno al origen. Cada letra, cada símbolo, cada enseñanza es una chispa que puede encender el fuego interior.

Como explican Mario Sabán y Nacho Newman, la Cábala no es un sistema cerrado ni una religión, sino una experiencia profunda del ser. Sus textos revelan capas de sentido ocultas, sus historias despiertan la intuición, sus símbolos conectan con realidades invisibles pero presentes.

El misterio de la creación (Maasé Bereshit) y el misterio del carro de fuego (Maasé Merkabá) siguen hablándonos. Lo hacen desde la voz de Ezequiel, desde el eco del *Zohar*, desde la búsqueda de cada alma que quiere recordar para qué fue creada.

Estudiar los textos cabalísticos es más que una actividad intelectual: es una forma de reconfigurar la propia existencia. Es aceptar que lo visible es apenas una parte de la historia, y que en el silencio, en el símbolo y en el alma habita una verdad mayor.